

Una lección inequívoca



ESTHER VIDAL
PTA. ABEF

Después de sobreponernos a más de una década de tormenta económica, nada hacía presagiar que la llegada de los años veinte iba a impactar de la forma en que lo ha hecho en nuestras vidas. Cuando la agenda verde, la digitalización, el avance de la inteligencia artificial o el poder de los datos ocupaba el núcleo de nuestras preocupaciones, una nueva enfermedad, la COVID-19, ha llamado a la puerta para recordarnos que vivimos en un mundo volátil gobernado por la incertidumbre.

El liderazgo transformador

Así, 2020 ha entrado de una manera arrolladora en nuestros hogares, en nuestros negocios y en nuestro horizonte y ha volado por los aires muchas de las seguridades que creíamos inalterables. ¿Locos o felices años veinte? Todavía es pronto para responder a esa pregunta pero lo cierto es que no todo se tambalea. Si algo nos ha enseñado la pandemia es a permanecer unidos pese al aislamiento forzoso. En el caso de las empresas familiares, hemos demostrado una vez más nuestro fuerte sentimiento de unión y compromiso con el entorno y las personas desde el minuto uno, cuando algunas compañías se pusieron a producir mascarillas mientras otras trabajaban a máximo rendimiento para cubrir las necesidades logísticas de transporte que estaba generando el comercio electrónico o habilitaban espacios en sus instalaciones para atender a enfermos.

La empresa familiar ha dado un paso al frente en esta crisis con acciones y aportaciones encaminadas a recuperar cuanto antes el bienestar y el empleo en el territorio, muy bien canalizadas a través de los movimientos #DamosLaCara y #Eactivate, a los que la Asociación Familiar de la Empresa Familiar (ABEF) se ha adherido desde el principio. Creemos que somos las empresas, empresarios y trabajadores quienes debemos liderar con hechos la reactivación económica, aunque para ello sea condición sine qua non avanzar en la eliminación de las trabas administrativas, la reducción de la presión fiscal y fo-

mento de la liquidez de las empresas.

Precisamente sobre el papel impulsor de las organizaciones fue sobre lo que pivotó el XXIII Congreso Nacional de la Empresa Familiar, celebrado en octubre bajo el lema 'La fuerza de la recuperación'. En este encuentro quedó constancia del liderazgo y labor transformadora que tenemos las empresas familiares en el relanzamiento de la economía. En tiempo récord, estamos asimilando que un escenario cambiante exige soluciones ágiles que conlleven mejoras en los procesos, la transformación digital, nuevas habilidades profesionales, pensamiento innovador, máxima exigencia... Nuevos retos ineludibles en la gestión de nuestras organizaciones que, como ya ocurrió en la anterior crisis, están aguantando estoicamente el envite y haciendo todo lo posible para no destruir empleo y evitar la fuga de talento, lo que prueba su clara vocación de permanencia y arraigo al territorio. Valores como el compromiso, la resiliencia, la responsabilidad social o la cultura del esfuerzo, que inspiran los negocios familiares, se han convertido en un firme punto de apoyo para sacar adelante el país.

Destino a la hibernación

Los desafíos para adaptar nuestras empresas a la nueva realidad se multiplican a una velocidad vertiginosa. Los cambios, por ejemplo, en los patrones de consumo o la consolidación del teletrabajo nos exigen respuestas inmediatas para asegurar la competitividad y viabilidad de las organizaciones. Esta coyuntura es perfectamente extrapolable a nuestro modelo turístico, sobre el que hace tiempo que hay abierto un debate de fondo. Nos guste o no, la pandemia ha reflatado el cuestionamiento de la propuesta de valor del sector turístico en las Islas, y conceptos como turismo inteligente, economía circular o eficiencia energética empiezan a migrar del plano teórico al práctico; ya son muchas las compañías turísticas del Archipiélago que han decidido sumarse al turismo del futuro —si no presente— con iniciativas concretas.

Mientras los agentes empresariales han tomado la delantera, los representantes políticos han transitado por la senda de la confrontación partidista y el titubeo, lo que no ha hecho más que acrecentar el descontrol que ya de por sí origina una epidemia de tales dimensiones. La descoordinación regional y estatal manifiesta durante el desconfinamiento y la ausencia de decisiones consensuadas con los sectores empresariales nos han arrojado al precipicio con

una temporada turística marcada por un gran apagón que ha puesto en jaque el único pilar que sustenta nuestra economía.

La segunda ola ha traído más fallecidos y una consabida destrucción del PIB en nuestra comunidad que también compromete el futuro de miles de familias. En todo 2020, 866 empresas se han visto abocadas al cierre y hemos terminado el año con cerca de 40.000 trabajadores en ER-TE. No podemos permitirnos un nuevo pinchazo. Siendo una priori-

Solo cabe una respuesta conjunta y coordinada de todos los actores políticos, económicos y sociales

dad el cumplimiento de los protocolos sanitarios, la Administración debe trazar un plan congruente de reactivación acompañado de una batería de medidas para garantizar la supervivencia de las empresas y los empleos. Y en ese programa, en el que no pueden faltar ayudas directas, tan necesarias como urgentes, promocionar Balears como destino seguro, de calidad y sostenible debe figurar como prioridad si no queremos que destinos competidores como Turquía y Túnez hagan el agosto que nosotros nunca tuvimos.

Asoman tímidos rayos de sol

Siendo 2020 como ha sido, un año de desorden y de grandes pérdidas —fundamentalmente humanas—, nuestra misión ahora es mirar hacia adelante e involucrarnos en las decisiones que conformarán nuestro mundo en un futuro inmediato y lejano. El anuncio de la vacuna por parte de Pfizer y la aplicación de las primeras dosis ocho meses después de que se propagara a escala planetaria un virus completamente desconocido resulta la prueba más evidente de que cuando se activan todos los recursos y se actúa cooperativamente, los resultados son, cuanto menos, sorprendentes.

Ante la amenaza del colapso económico y la consiguiente destrucción del estado de bienestar, solo cabe una respuesta conjunta y coordinada de todos los actores políticos, económicos y sociales. No se pueden repetir incoherencias como las sufridas este verano, cuando los establecimientos hoteleros podían abrir sus instalaciones pero permanecían cerrados los

accesos a las playas. Tampoco es tolerable que frente a una crisis de semejante calado y desoyendo los planes del resto de países europeos, el Ejecutivo haya anunciado que prepara una subida de impuestos para 2021, cuando solo en Balears cerca de 30.000 empresas corren el riesgo de desaparecer. No es momento de poner palos en las ruedas si pretendemos remontar la destrucción masiva de empleo —Balears ha cerrado 2020 con 84.339 parados, casi un 40% más que en 2019— y evitar el aniquilamiento del tejido productivo.

Así pues, tanto desde el sector público como desde el sector privado debemos centrar todos los esfuerzos en compartir sin reservas todo nuestro conocimiento y capital, como lo han venido haciendo hasta la fecha científicos de todo el mundo en pos de un objetivo común, el de garantizar el bienestar de las personas y el planeta. Desde la ABEF, defendemos que es posible crear valor y prosperidad bajo un nuevo modelo más colaborativo, con una nueva concepción de liderazgo positivo que logre por primera vez —la vacuna también fue un descubrimiento milagroso— alinearse con las necesidades de una sociedad que reclama soluciones urgentes y verdaderos líderes en los que confiar.

La empresa familiar lleva años ensayando este modelo. Ante situaciones adversas, ha demostrado ser capaz de movilizar todos sus recursos y de tomar decisiones que aunque pudieran perjudicarle financieramente, han respondido desde una dimensión humana a su objetivo último: el legado. Dentro de nuestro espíritu está velar por el grupo y asumir riesgos en favor del bien común.

La pandemia nos coloca nuevamente ante esta tesitura y nos plantea la necesidad de reforzarnos ante la adversidad para salvaguardar nuestra sociedad y la esperanza de las nuevas generaciones, nuestro último legado. Los fondos europeos para la reactivación económica, de los que previsiblemente Balears recibirá 300 millones de euros, representan un buen comienzo, aunque se requiere agilidad en la transferencia de las ayudas para que efectivamente cumplan su cometido. Mientras se fijan plazos y se establecen las reglas y condiciones para ser beneficiarios, en nuestras manos está el recuperar la confianza perdida de los ciudadanos abandonando la disputa política, mejorando el funcionamiento institucional y restableciendo paulatinamente la cohesión social con decisiones dialogadas y coherentes. La ciencia nos ha mostrado cuál es el camino.●